

absoluta de su impotencia irreparable, y agrupando, por instinto, la masa social en torno de la bandera republicana, pudieron transformar al partido liberal en partido nacional. Entre la gente, ya de pensamiento, ya de acción, puede decirse que no hay ahora un solo disidente, y la Iglesia, para readquirir en las almas el terreno perdido, abandona el viejo credo político que prohió, definió y sostuvo en gigantesca lucha.

☞ No son los hombres de pensamiento puro, por elevado, por trascendental que sea, los llamados á personificar estos momentos vertiginosamente acelerados de la evolución social (que son los únicos que merecen legítimamente el nombre de REVOLUCIONES); son los hombres que tienen como cualidad suprema el carácter, la inquebrantable voluntad; sin los Lerdo, sin los Ocampo, sin los Ramírez, las revoluciones no son posibles; sin los Juárez, no se hacen.

## II

☞ Juárez entró en la vida pública en la época de la primera conmoción reformista que llegó al período álgido por los años de 32 y 33 del pasado siglo; los hombres de pensamiento ó de acción tenían que afiliarse en uno de los bandos contendientes; se trataba de una tentativa seria de transformación social; se emprendía asegurar definitivamente la supremacía de la autoridad civil en la República, condición precisa de la reorganización nacional. Los abogados, en su mayoría, se agruparon en torno de la bandera LAICA, sobre todo los jóvenes, los que se formaban ó acababan de formarse en los Institutos de los Estados, ó sorda ó resueltamente rivales de los Seminarios conciliares que, establecidos conforme á las prescripciones tridentinas (por eso se llamaban conciliares), habían entrado en auge desde la expulsión de los jesuitas. Así era en Oajaca.

☞ Cuando nosotros, los hombres de las transacciones políticas infinitas y no siempre confesables y nunca gloriosas, nos volvemos frecuentemente llenos de pedantesca suficiencia contra nuestros antepasados y, convirtiendo en armas nuestra ciencia libresca y lo que, gracias á ellos, nos enseña la historia, pronunciamos sentencias de muerte y anatemas contra su obra (procedimiento que la verdadera ciencia histórica rechaza hoy con todos sus conatos), haríamos bien en meditar sobre el estado social en que estos hombres encontraron al país, en lo que, siendo una pequeña minoría, tuvieron que derrumbar de creencias, de preocupaciones, de hábitos, de supersticiones, de falsas doctrinas que parecían verdades incontrovertibles porque en determinado momento lo habían sido; haríamos bien en aquilatar el doble trabajo titánico de abrir paso dentro de su propio espíritu al propósito de rechazar toda tutela que no fuese la de la razón y de escombrar y volver llano en la sociedad el camino agrio y escabroso que hoy recorremos sin esfuerzo; entonces nos parecerían todas nuestras gárrulas frases vestidos arlequinescos con armazones de carrizo; todas nuestras enfáticas sentencias, cómicamente graves.

De todo ello la posteridad no recogerá sino un poco de papel y un poco de tristeza, porque nos comparará y nos hallará pequeños al lado de los fundadores, de los iniciadores, de los batalladores, de los realizadores de la transformación social de Méjico.

☞ Lo que nunca querrá decir que, convencidos de que es injusto y necio empinarnos sobre nuestra ventaja de ser posteriores á ellos para imputarles los errores como faltas y sindicarlos de criminales, prescindamos de examinar, de analizar, de depurar sus actos, para explicárnoslos mejor, para darnos cuenta de nuestro respeto y admirar los caracteres y los intelectos: ó prodigios del genio ó milagros de la voluntad pocas veces unidos en dosis equivalentes.

☞ Ni idólatras, ni iconoclastas. Hombres libres, pero hombres de gratitud, hombres de patria. Éste debe ser nuestro programa, éste es.



☞ Cuando la Nación Mejicana dejó de ser la Nueva España, no dejó de ser colonial; el vínculo roto se retrajo, se contrajo y el gobierno dejó de ser exterior, pero la organización fué la misma, tenía que ser la misma. Y como los virreyes, en contacto con la Audiencia que podía limitar su acción política y con la Iglesia que podía nulificar su acción social, gozaban de un poder negligente y habitualmente arbitrario y omnímodo, del tipo patriarcal siempre usado por los monarcas españoles con sus colonias, este tipo fué el que tendió constantemente á rehacerse en la nueva nación, y era el genuino; todo lo demás parecía facticio, forzado.

☞ Elementos perdurables contribuían á esta tendencia: la masa de la población (si hoy, en su mayoría mezclada, indígena entonces) yacía como antaño en el fondo de su pantano de superstición, de alcoholismo (mucho menos intoxicada que ahora, sin embargo), de servidumbre industrial y doméstica. Estaba, como siempre, como ahora en buena parte todavía, explotada por el cura y el amo rural, sin tasa y sin más cortapisa que el miedo al leguleyo promotor de litigios y procesos que apasionaban á los rústicos y pasaban alguna vez de generación en generación; estos leguleyos pululaban desde la Independencia, y con su ignorancia, su mala fe, su espíritu de CHANTAGE, como hoy diríamos, mortificaban al SEÑOR de las masas serviles, le movían la mesa en que durante tres siglos (y más allá y más acá) se había regalado con el opíparo banquete del trabajo ajeno, y creaban instintos de emancipación fomentados por el amor á la tierra, pasión instintiva, pero indómita, de los labriegos aborígenes.

☞ De esta masa humana, gracias á la interrupción de la absoluta paz colonial y luego á la aclimatación de la guerra civil, los despotismos nacionales y los cacicazgos sacaron sus ejércitos, poniendo así en circulación y desamortizando por medio de la sangre, la faena bélica y la muerte, á una porción no corta de esa masa; selección artificial, sangrienta y cruel, la selección de la LEVA. Pero el grupo SELECCIONADO de esta guisa no podía apoyar á nadie, porque estaba á merced de todos;



sólo deseaba en sus íntimos anhelos su paz, su terruño, su santuario, el cirio para su santo y el pulque de todos los días y la borrachera de todos los lunes. Equivale á decir que el gobierno paterno y sin trabas, como el de Dios, es decir, como el de la Iglesia, era su inconsciente ideal.

☛ Como observó bien uno de nuestros más conspicuos publicistas setenta años ha, la revolución de independencia fué social porque destruyó completamente los privilegios y funciones meramente decorativos en verdad que en la Nueva España tenía la nobleza colonial; uno que otro título conservó la costumbre; luego aun ésta se olvidó y pronto la aristocracia criolla se fundió en la burguesía de donde salió y en la que ni sobraba ni hacía falta. Pero, sigue observando el Dr. Mora, extinguida sin esfuerzo la nobleza, sobrevivió y se organizó mejor la clase, las clases, queremos decir, IN CAPITE el clero y á seguida la milicia y la burocracia. Estas clases no aspiran á la RENOVACIÓN; odian, por tanto, la INNOVACIÓN, y pues que son privilegiadas, desean ser inmovibles y pesan con un peso de montaña de plomo sobre todo latido de reforma, sobre todo anhelo de cambio.

☛ Estas clases, me refiero sobre todo al clero y al ejército, formaban islas de fierro en medio de la embrionaria unidad nacional, cuyo desenvolvimiento estorbaban é impedían. Todo cuanto hemos dicho en los comienzos de este preliminar explica la dominación social del clero; el alma mejicana estaba hecha de sentimiento religioso, de superstición, de temor infantil á la intervención incesante de la Providencia mezclada á todos nuestros actos, y al diablo y las penas eternas; sobre todo, era un hábito indestructible, era un pliegue, como se dice, el pliegue más profundo de nuestro espíritu. Toda la jerarquía clerical erguida sobre esta base dominaba á la sociedad, como á las ciudades y las aldeas los campanarios de las iglesias. La ley posterior á la Independencia, la constitución misma del país, confirmó los privilegios, los FUEROS, que eran la defensa exterior, digámoslo así, de la clase; al clérigo sólo la Iglesia podía juzgarlo; defensa formidable, verdadera solución de continuidad en el organismo nacional incolmable.

☛ La otra clase, la militar, tenía igual privilegio, era otra excepción. La clase militar no existía, en realidad, antes de la Independencia; once años de lucha crearon y revelaron las aptitudes militares de los mejicanos; pacientes hasta lo infinito, sin apego colectivo á LOS PRINCIPIOS, como decía la retórica de entonces, sin ideales, adoradores del valor personal, capaces de tenerlo en grado heroico si sus jefes les daban el ejemplo, con un coeficiente de sumisión á las privaciones verdaderamente pasmoso, aptos para contraer hábitos de disciplina á la larga, pero insensibles al influjo de este sentimiento subjetivo, de esa misteriosa y constante sugestión de la conciencia militar que se impone aun contra la seguridad de quedar impune; eran, en cambio, por extremo accesibles al miedo del reglamento exteriorizado en el consejo de guerra, en el calabozo del presidio, en el maltrato generalmente brutal y cruel del oficial, en la ordenanza siempre aplicada sin equidad. Y acontecía que el noventa por ciento de los oficiales que se pronunciaban lograba el ascenso, y el noventa por ciento de los soldados que desertaban iba al presidio, á la muerte á veces.

☛ Lo repetimos, este soldado se disciplinaba difícilmente, aun cuando lo contra-

rio afirmen en sus apologías saturadas de adulación descaradamente interesada los jefes del poder, cuando como solía eran generales. Y era natural, el soldado mejicano era espontáneamente guerrillero, lo era por el instinto atávico de su abuelo el azteca, el mixteca y el chichimeca combatiente y nómada en su horda, en su errante tribu; esto cuando era indígena. Si era mestizo, entonces la herencia del perpetuo guerrillero de los siglos de la reconquista se conjugaba con las propensiones del aborigen; de todo ello resultó el repentino y ó feroz ó caballescresco guerrillero que pululó en nuestras tierras durante la lucha de independencia y que hombres como Morelos, como el guerrillero español Mina, como Guerrero, al fin, lograron avenir, precariamente, es cierto, con el orden severo y fuerte de un ejército organizado.

☛ El ejército organizado, PERMANENTE, se formó también en la lucha de Independencia; lo formaron los españoles con elementos de la Colonia y de la Metrópoli; combatió á los insurgentes muy frecuentemente á las órdenes de oficiales mejicanos como Iturbide, Bustamante, Santa Anna, Herrera, Arista, todos jefes de la nueva nación luego. El ejército libertador, EL TRIGARANTE, cuyos laureles, más empolvados que cruentos, entretejió con flores el entusiasmo del pueblo el 27 de Septiembre de 1821, fué el núcleo y fundamento de la clase militar. Se le fueron adhiriendo con viejos elementos españoles, que ya poseía, los que se habían definitivamente militarizado en la lucha intermitente pero crónica en que el país había vivido desde 1821.

☛

☛ La lucha con el clero era principalmente social; privarlo de la situación privilegiada en que había vivido, no era más que el prólogo de las grandes medidas económicas por cuya virtud al volver á la vida la inmensa propiedad territorial amortizada en sus manos, transformarían la fortuna pública é influirían pronto ó tarde en la suerte del país. Y claro es que la Iglesia para defenderse habría de vestirse de pontifical y esgrimir la cruz y menear el anatema, pretendiendo que todo se hacía para derribar LA RELIGIÓN DE CRISTO. El grito de RELIGIÓN Y FUEROS contestó á las primeras empresas reformistas de los hombres del 33; y una causa fué desde entonces inseparable de la otra.

☛ Por eso nos hemos parado en hacer comprensible el esfuerzo interior que los mayores de Juárez tenían que hacer para aprestarse á la lucha; ellos, todo eran sentimiento religioso, y su empresa, toda de muerte para la Iglesia, según sus jerarcas proclamaban. «Estos hombres», decía un presidente del Congreso por los años de 1834 ó 35, «han querido arrancar la unidad á la Iglesia, la Iglesia á la Nación, y á los mejicanos el sacerdocio, la religión y el cielo.»

☛ La lucha con el ejército era principalmente política; un poder en el centro disponiendo del ejército permanente acabaría de seguro por imponerse á los Estados, débiles en su mayor parte, ó necesitados del auxilio federal para ayudarlos contra las depredaciones de los salvajes de las fronteras, ó desgarrados por bandos



que se disputaban ó el poder ó las arcas públicas y uno de los cuales buscaba siempre el arrimo de la fuerza federal. Ahora bien, la Federación, facticia como era y nacida á la sombra no de necesidades, sino de ambiciones y codicias locales, había echado raíces en los intereses, en los presupuestos de los Estados; había creado una burocracia provincial, celosa, ávida y exclusivista como suelen serlo las de este jaez; todo esto se había complicado con el odio de los liberales al ejército, á quien culpaban de la perenne bancarrota del Erario, del perpetuo DÉFICIT, de las gabelas opresoras (Dr. Mora), de las asonadas, de los cuartelazos y pronunciamientos bautizados con el título pomposo de REVOLUCIONES. La consecuencia era clara como el día : había que armar á los Estados, que convertir las guardias nacionales en una suerte de ejército cívico que pudiera sobreponerse al permanente, había que despojar á éste de sus fueros, había que reducirlo al orden sometiéndolo á los tribunales ordinarios. De este programa iba á resultar fatalmente la alianza de las clases privilegiadas; harían causa común.

### III

¶ Y así fué; por eso LIBERALISMO y FEDERALISMO fueron sinónimos, por eso todo EL PARTIDO DEL PROGRESO, como se apellidaba en el 33, fué acérrimo federalista. El estado de la República era por intermitencias una paz armada; lo que era crónico era la guerra civil.

¶ Los escritores liberales han abominado del ejército; él era el autor de todos los males : egoísmo brutal, ambición de los jefes, avidez de los subalternos, sumisión sin alma de los hijos de la leva, entrecortada por sobresaltos de indisciplina homicida; vicios infinitos, porque la educación para eso era, para el vicio, para la prostitución descompuesta en todos los colores del espectro. Y los liberales tenían razón.

¶ Los reaccionarios decían : «sí, pero ese ejército devorador ha sido necesario; si se hubiera suprimido... se habría formado otro igual á los diez años; porque era necesario, porque los pequeños ejércitos locales (guardias cívicas nacionales) habrían formado el ejército obligado de las coaliciones hechas y deshechas sin cesar entre los Estados grandes para subalternarse á los pequeños, entre muchos para acorrallar y desbaratar el Centro; tal habría sido esa anarquía permanentemente renovada, como el Fénix; tornaría á nacer de sus cenizas».

¶ Además, nacimos y crecimos con la espada de Damocles colgada sobre nuestra cabeza. La guerra de Independencia se tornó, al día siguiente del triunfo, en guerra con España, y no una guerra platónica, sino siempre amenazadora, alguna vez algo más, alguna vez invasora; ni la caída de San Juan de Ulúa en nuestro poder, ni la capitulación de Barradas terminaron, sino que por el contrario exacerbaban los rencores, los prolongaron hasta hacerlos parte, digámoslo así, de la sensibilidad nacional; los tornaron odios. Y todavía se ven trazas intensas de ese

mal en discursos, folletos y hasta libros, que sólo son síntomas de atavismo, pero excesivamente curiosos. Las expulsiones de españoles marcaban bien el carácter semiferoz que pretendíamos dar á la lucha, de la que, estábamos seguros, saldríamos vencedores, porque al odio uníamos el desprecio.

¶ Pero para cualquier emergencia necesitábamos un ejército, y listo para el combate; á compás de las guerras civiles, único modo de vivir para un grupo armado que no combatía con el extranjero, sino virtualmente, el ejército se hacía y se deshacía; cada gran oleada de REVOLUCIÓN formaba un gran penacho de espuma de generales, de oficiales, que ó despojaban á los otros que pasaban á la perenne conspiración de LOS DEPÓSITOS, ó se sumaban á ellos y se prorrataban como botín de combate un gran trozo del presupuesto moribundo.

¶ Pasado el peligro de la guerra con España, cuando esta monarquía nos reconoció y nos trató como si fuésemos hijos pródigos volviendo al abandonado solar, surgió la grave complicación de Tejas. Un ejército allá; luego el Presidente en persona (Santa Anna) y el desastre tras una calaverada militar del General en jefe que solía unir al magín de Don Quijote el corazón de Sancho.

¶ A seguida, la complicación con los franceses de Luis Felipe. La burguesía que entonces mandaba en Francia nos disparó sus buques y un ULTIMÁTUM que por singularísimo modo resultó el capítulo primero de larga negociación, seca y sin generosidad y sin justicia. Aquí cosechamos una humillación, y la resurrección moral (¿moral?) de Santa Anna. Luego nuestro ejército hizo un cambio de frente y siguió mirando hacia el Norte, nuestra obsesión, nuestra pesadilla. Rumbo hacia allá, á reducir la provincia rebelde (que en realidad no perteneció nunca á la patria mejicana con el alma y que, roto por Méjico el pacto federal, estaba en su derecho de separarse), rumbo hacia allá iban los ejércitos. Y ó retrocedían á la guerra de Yucatán, que había proclamado también su autonomía, para tener aranceles propios y no dar sus contingentes, guerra que fué otro desastre; ó á derrocar á Bustamante, á derrocar á Santa Anna, á derrocar á Herrera, á derrocar á Paredes, á derrocar á cualquiera. Epílogo trágico, la guerra con los invasores norte-americanos.

¶ Así es que nunca pudo dejar de haber un ejército; era una plaga indispensable. Plaga, no porque fuera un ejército, sino porque era ESE ejército. ¡Pobres abuelos nuestros! ¡Con qué terribles problemas, con qué ANANKÉS, como decía por aquellos tiempos M. Víctor Hugo, tenían que luchar! La República se debatía bajo una fatalidad siniestra é implacable como la Némesis antigua. ¡Y cuán imbéciles somos sus nietos insultándolos con nuestra ironía irreverente cuando, por lo que se palpa, hubiéramos sido incapaces quizás de la centésima parte del esfuerzo que ellos necesitaron para vivir siquiera, para tratar (nunca dejaron de intentarlo) de hacer el orden en el caos, de mantener un imperfecto y angustioso, pero positivo CONTROL del parlamento sobre la administración, de apretar contra su pecho, enlodada, ensangrentada y desgarrada, pero nuestra, la bandera de la Patria. ¡Pobres abuelos!